



Plaza é iglesia de San Marcos.

VENECIA,

POR M. ADALBERTO BEAUMONT:

185...

La linterna de la cúpula de San Marcos y su plaza.

Cuando entré por la primera vez en la ciudad de los dux, fue una pura noche de otoño á la claridad de esa luna italiana, cuyas rosadas tintas dejan algo de su color en los objetos. Recostado en los cojines de una elegante góndola, admiraba extasiado esa ciudad encantadora, esos palacios del mar que parecen la mansion de Neptuno, Venus y su córte. Parece que el azar, permitiendo la construcción de una ciudad en semejante sitio, ha querido dar al mundo un ejemplo de lo que puede producir de mas perfecto la union de lo bello y de lo pintoresco. Aquí la poesía se exhala en todas partes; está impregnada en las paredes como el perfume en las flores. Venecia, reina de las artes edificada entre el cielo y el agua, parece no deber nada á la tierra.

Desde el primer dia me sentí tan embriagado de estas maravillas, que resolví fijarme en Venecia y aun hacerme veneciano. Vine de Francia para estar aquí tres meses y me he estado tres años, los mas bellos de mi vida, los mas tranquilos y felices, los mejor empleados en vivir como artista, en pintar estos sitios maravillosos, que no tienen igual en belleza, sino es la ciudad de los califas, el Cairo, llamada por los poetas la *Reina de las noches*.

Despues de haber recorrido toda la longitud del gran canal que rodea á Venecia como una serpiente, la góndola se detiene en las gradas de mármol de la *Piazzetta* entre las dos columnas de granito traídas de Oriente por el dux Michieli y que el lombardo Niccolo Barattieri construyó por su orden en 1150. El leon de San Marcos corona la una, y sobre la otra se alza la estatua de San Teodoro, con la aureola en

la cabeza y su cocodrilo á los pies. Súbese la escalera de mármol, que desde el mar conduce á la plaza, y pasando por entre dos pilastras semejantes á los largueros de una puerta gigantesca, se descubre la decoración mas maravillosa que ha podido soñar la imaginación de un pintor.

A la izquierda está la Zecca, la casa de la moneda construida por aquel ilustre Sansovino, cuyo nombre va unido á las mas grandes obras de Venecia. A la derecha el palacio ducal con sus mármoles de rosa y sus magníficas columnatas. Despues San Marcos, la basilica inmortal, toda resplandeciente con el oro y pedrería de sus mosaicos. En frente de ella se eleva hasta una altura de 300 pies la gigantesca linterna, que lejos de empequeñecer lo que la rodea, parece, al contrario, en medio de este bosque de monumentos diversos, mostrar al admirado espectador hasta dónde pueden elevarse los otros. En el fondo de la plaza y mirando al mar brilla la torre del reloj con su cuadrante de oro y azul y sus dos esclavos de bronce que hieren el timbre gigantesco. Al ponerse el sol, las rosadas tintas que lo bañan, siempre subiendo, dicen mejor que sus agujas por dónde vá el sol que se oculta detrás de los Alpes Julianos.

Pero subamos ahora la suave pendiente, que pudiera subirse á caballo, si los hubiera en Venecia, hasta la cima de la linterna, verdadero mástil del gran navío de mármol amarrado en esta grande y serena laguna. Desde lo alto podemos echar una mirada sobre este maravilloso conjunto de palacios, de agua, de cielo y montañas, de barcos y postes que se mezclan y confunden de tal suerte que parece á veces que son los barcos los que circulan por las calles y los hombres los que andan sobre el agua. Al ver este flujo y reflujo de movimiento y vida que parte de la gran plaza de San Marcos y de sus muelles, diríase que es el corazon donde vienen á terminar las arterias y venas de esta gran ciudad tan rara como espléndida. Seguid desde lo alto de ese balcon los graciosos recodos del *Canal grande* ó *Canalasso*, que corta la ciudad en dos partes casi iguales, ligadas por el puente de Rialto; mirad en sus dos estremidades la mar, *mare magnum*... Admirad esa isla con sus tres mil palacios de mármol y sus iglesias que toman el mar por punto de apoyo. Esa es Venecia.

Esta ciudad inmersa donde los extranjeros se imaginan al principio que no se puede andar sino en barca, cuenta trescientos cincuenta puentes de mármol rojo ó blanco que enlazan sus estrechas calles en número de dos mil lo menos. Y este dédalo que es preciso haber recorrido muchas veces para no perderse en él, da una circunferencia de 6 millas, bañada por la laguna. En otro tiempo encerraba unas 200,000 almas.

Desde esta gran cima ¿quién conocería su deca-

dencia? ¿No es siempre la ciudad de los dux? ¿No os parece tan rica, tan bella y alegre como en los dias de su pasada gloria? ¿No es todavía la ciudad de los dulces misterios, entregada por la noche á los placeres y por la mañana adormida de cansancio y mecida por las ondas?

Mirad ahora mas lejos: ved ese cerco de rocas y de arenas. Es primero el Lido, despues Malamacco, Pa-lestrina, los Murazzi y finalmente Chioggia, que toca á tierra firme. Ligadas por un dique formidable, estas islas forman la barrera que frota á Venecia, no solo contra las invasiones del mar, sino contra todo arribo de barcos enemigos. Escepto tres pasos de navegación admirablemente defendidos, el fondo del golfo está cerrado como un lago. Mas adentro y como centinelas avanzados se encuentran las islas de San Lázaro, de los Armenios, San Cervolo, San Pedro del Castillo, San Jorge Mayor y la Judecca.

A vuestros pies, esa plaza de San Marcos, verdadero patio de todos estos palacios, ofrece una variedad de estilos que debería convencer á los arquitectos modernos de que su estilo de regularidad absoluta es mortal para el arte. Aquí ninguno de los lados está en ángulo recto, ningun monumento se parece á otro y sin embargo, esta plaza es mas bella y magestuosa que el Carronsel. Aquí la torre del Reló, que interrumpe las *Procuratie Vecchie* (Palacio de la izquierda) y difiere esencialmente de él como época y como arte. Al lado, el pequeño patio de los leones, formado por una rinconada de la basilica, rompe completamente este ángulo de la plaza; luego viene la catedral, cuya arquitectura bizantina trasporta la imaginación á otro mundo por la admirable variedad de sus cúpulas, de columnas, de sus chapiteles y de sus colores sobre todo. Todos los antiguos templos de la Grecia y del Asia han suministrado para estas obras, materiales amalgamados con un vivo sentimiento del arte pintoresco. Sobre el mismo pie de la linterna, como un enano al lado de un gigante, se apoya la Logietta, pequeño templo del Renacimiento, de mármol rosa y de bronce, verdadera joya situada allí mas bien para hacer el oficio de un mueble precioso que el efecto de un monumento. Despues la plaza vuelve y se estrecha tomando el nombre de *Piazzetta* (plazuela). En el centro, á la derecha y á la izquierda elevándose al azar como una vegetación espléndida, se encuentran columnas, pilares de mármol y de bronce, grupos de pórfiro y estatuas que realizan el efecto maravilloso de esta ciudad museo.

¿Quién, pues, al llegar á estas playas no habrá admirado tanta magnificencia? ¿Quién (y me dirijo á los arquitectos), quién ha tenido el pensamiento de vituperar la falta de unidad y simetría entre todos estos palacios, que solo hacen uno, entre estos estilos de todas las épocas, entre estos capítulos diversos de la

historia de los tiempos pasados escrita en arquitectura? ¿Quién osará decir en presencia de tantas obras maestras, que es lástima que la plaza de San Marcos no sea uniforme y regular? Y ese palacio de hadas con su doble columnata que Calendario imitó del Alkazar de Bagdad ¿no es preferible con toda su irregularidad al palacio real que se halla en frente? Allí, sobre aquel balcon magnífico, donde el verdugo mostró al pueblo la cabeza de Marino Faliero, decapitado por sus crímenes, se descubren los famosos plomos, que, al decir de Casanova, servían para atormentar á los prisioneros, cuando los caldeaba el sol de junio: verdaderamente una hoguera de la inquisición, las parrillas de San Lorenzo.

San Marcos.

Visitemos ahora el templo de San Marcos, conjunto maravilloso de todos los tesoros del arte en todas sus épocas. Ved en su fachada esas columnas de pórfiro asiático y de mármol africano de todos colores, de todas formas y de todos tamaños, que recuerdan las conquistas de Constantinopla, de Efeso ó de Sidon. ¿No es la mas elocuente página de la historia veneciana, al mismo tiempo que de las mas poderosas civilizaciones? Nínive, Babilonia, Grecia, Roma, Bizancio, Egipto, la Persia de la edad media, y finalmente la era cristiana, han traído aquí sus especímenes. Para un arqueólogo aquí está la ciudad santa, el lugar de peregrinación por excelencia, el sepulcro de San Marcos.

Cuando el dux Pietro Orseolo concibió el plano de la basílica, hizo venir de Oriente á los operarios mas hábiles; cada uno de los barcos de la flota que recorria el Mediterráneo recibió orden de traer su piedra al edificio sagrado que habia de superar en magnificencia á Santa Sofía de Constantinopla. Este arranca de los templos de Corinto, de Esparta y de Rodas sus columnas, sus capiteles y mármoles preciosos; aquel los marfiles, los mosaicos, las tribunas, las lámparas, los utensilios, los ornamentos de todas clases. Entonces, durante los siglos X y XI, se levantaron los muros, las bóvedas y columnatas, se abrieron las ventanas y se redondeó el coro. Una galería abovedada de ciento veinte y ocho arcos rodea el monumento que ofrece en su longitud un desarrollo de 220 pies en una circunferencia de 950.

La fachada está dividida en diez bóvedas sobrepuestas en dos filas separadas por una galería trilateral con columnata de pórfiro y de mármol. Este conjunto cosmopolita está coronado por cinco cúpulas, cuya forma alta y bulbosa recuerda las del Cairo, Damasco, Teheran é Ispahan, mas bien que las cúpulas aplanadas de Bizancio.

En cada conquista de la república, en cada alianza

que ajusta, en cada tratado que firma, hay un recuerdo para la metrópoli. El leon de San Marcos, con el puñal en la mano, piensa siempre en su parte, verdadera parte de leon. Poco le importa que sea del arte griego, romano, árabe ó persa: de todo carga sus naves y trae para la casa de su amo inestimables tesoros.

Venecia, con su gran comercio en Oriente, cambia por sus mercancías todos los objetos de arte no comprendidos de las civilizaciones nuevas y cuyo mérito sabian apreciar sus artistas. Una puerta de Santa Sofía decora la entrada derecha de San Marcos; la famosa *palla d'oro* de plata esmaltada, que adorna el altar mayor, fue tambien de la iglesia bizantina: vienen luego las columnas de serpentina de rojo antiguo tomadas del templo de Salomon en Jerusalem, de los palacios de Sidon, de Tiro, de San Juan de Acre, etc., todo el Oriente, en una palabra, paga á los venecianos su contribucion voluntaria ó forzosa. Enumerar tantas riquezas, seria contar las piedras, los mosaicos, las columnas, los frisos; seria contar la historia misma de Venecia. Fácilmente puede formarse idea de todas las maravillas, que no solo San Marcos y el palacio ducal, sino la ciudad entera, sacaron de la toma de Constantinopla, considerando que de Venecia parte la cruzada de 1202 y en 500 galeras suyas. Su dux, el ilustre Dandolo, conduce este ejército de 40,000 hombres, en que va la flor de la nobleza europea y él es el primero que planta en los muros de Bizancio el estandarte de San Marcos. Lo que se destruyó de objetos de arte durante el pillaje de aquella ciudad que habia venido á ser el museo de la antigüedad y de la edad media, es incalculable y no puede compararse á lo poco que se salvó. Todos aquellos vencedores de orígenes diversos, se disputaban los vasos, las armas, las telas, las reliquias, las joyas; despojos que completaron las riquezas de San Marcos. Pero á pesar de sus mármoles preciosos, de la ciencia y esplendor de sus mosaicos sobre fondo de oro, á pesar de su estructura semejante á la de Aya-Sofía, entraria fácilmente con sus flechas y sus cúpulas bajo la media naranja del templo de Bizancio, ese tipo único y grandioso del arte oriental de la edad media. Allí, ciertamente, todo se sacrifica al efecto interior; aquí el exterior con sus bóvedas sobrepuestas y esmaltadas, sus cimbanillos calados, sus dentellones de mármol, sus ojivas, sus columnas de todos colores y sus cúpulas resplandecientes, completa el lujo arquitectónico de ese pintoresco edificio, donde la filosofía de la historia y del arte está tambien impresa que puede leerse de corrido.

El palacio ducal.—El arsenal.

Saliendo de la iglesia del bautisterio, entramos inmediatamente bajo la bella puerta *della Carta*,

debida al cincel de Bartholomeo en 1439. El punto de contacto entre el templo de Dios y el palacio de justicia está en el carácter del gobierno misterioso y aun mal conocido, representado en el consejo de los Diez y los tres inquisidores del Estado, aquellos hombres que pronunciaban fallos infalibles como los del juez supremo. Este conjunto de iglesia y preces, de tribunal y prisiones, de jueces y verdugos; ese soberano rodeado á la vez de todo el prestigio de las artes y del lujo, y de todo el terror que inspiran las torturas, las delaciones secretas, una policía infernal, calabozos subterráneos, invisibles y mudos; todo ese poder, en una palabra, no se ha visto jamás tan centralizado como en este pais, en este palacio oriental, á la vez palacio de justicia, casa de la villa y alcázar del soberano. Asimismo, el consejo que pronunciaba en este sitio sus sentencias, asociaba las funciones reales y administrativas á las del juez y del verdugo.

No hay nada mas admirable que el palacio ducal. Sus altos muros de fortaleza, sus ventanas estrechas y raras, que no dejan adivinar nada del interior, recuerdan al momento los palacios de Oriente. De forma cuadrangular, uno de sus lados se apoya en la iglesia, mientras que los otros tres hacen frente á la Piazzetta, despues al mar y últimamente á las prisiones, á las cuales está el palacio enlazado por el terrible puente de los *Suspiros*, construido tan atrevidamente entre el cielo y el agua.

El Asia y el Africa se han unido tambien para poner su sello en esta construccion. Un primer orden de arcos agudos, con columnas sin base y chapiteles enormes, sostiene una segunda columnata, cuyo calado friso sostiene á su vez el muro de mármol blanco y rosado que forma el palacio. Esta porcion, toda calada, sobre la cual estriba, la otra mitad maciza, causa un contraste, tanto mas completo, cuanto que la luz, bañando las partes llanas hace mas esbeltos aun y mas ligeros el trébol, los balcones, los arcos que corta y atraviesa de parte á parte. En esta maravillosa estructura, lo vacío sostiene lo macizo. Parece que Calendario, á quien se debe esta obra maestra, se propuso burlar todas las leyes de la estática, dando por punto de apoyo á las dos enormes masas que forman el ángulo del palacio una sola columna aislada.

Todos los ilustres nombres de Venecia, ya sean los de los dux ó de artistas, ya correspondan á Faliero, Morosini, Foscari, Sausovino, Vittoria, Tintoretto ó Veroneze, todos esos nombres están grabados á las piedras de este palacio, que es el santuario de Venecia.

El interior del patio no corresponde al grandioso aspecto del exterior. Allí todos los estilos se reúnen, árabe, gótico, renacimiento, decadencia. La escalera

de los Gigantes, que toma su nombre de las dos estatuas colosales de Marte y de Neptuno, colocadas en su meseta, avanza en el cuadro del patio como una escala apoyada en la pared, y conduce á la galería, donde viene á terminar la escalera de oro (*scala d'oro*). Tambien lleva á los grandes aposentos. Estucos de Vittoria, pinturas de Veroneze, mármoles antiguos, puertas, cornisas y techos de madera de cedro esculpida y dorada, embalsado de piedras preciosas, verjas magníficas, chimeneas grandiosas, cuadros donde refleja el genio de infatigables artistas, todo está allí reunido, no á la manera de nuestras colecciones y museos, que son como hospitales para las civilizaciones pasadas, sino con un completo sentimiento de exornacion, donde cada cosa hecha para un sitio determinado, concurre á la armonia del conjunto sin aglomeracion que fatigue. Ved esa bella sala de Embajadores, cuyas molduras de madera rodean cinco lienzos célebres, dispuestos para el sitio y luz que los alumbrá: á derecha é izquierda *Mercurio*, *Las Gracias*, *La Fragua de Vulcano*, *Palas*, *Ariana*, del Tintoretto, y el *Rapto de Europa*, de Pablo Veroneze; en medio está la bella chimenea que costó 10,000 escudos de oro y fue ejecutada por Seamozzi, por el dibujo del Ticiano. Dícese que las dos columnas de verde antiguo que sostienen la puerta de entrada del consejo, provienen del templo de Salomon. ¿No es esto de una riqueza incomparable?

En esta otra sala decorada por Antonio d'a Ponte y por Compagna, bajo la direccion de Veroneze, ved la silla del dux con sus cogines aplastados como si acabara de levantarse de ellos, que era donde se recibia á los embajadores en audiencia solemne. Desde aquí se entrá en la sala de los Quinientos con su maravilloso techo, al cual los mejores pintores y escultores consagraron su tiempo y aptitudes. En aquella época no se hacia aun el arte por el arte, como ahora se dice, esto es, sin objeto, sin aplicacion. Aquellos grandes artistas italianos vigilaban y dirigian las fábricas de telas, de armas, de orfebrería, de cristalería, de muebles, de decoracion general, y no creian que esto era indigno de sus talentos.

A esta sala del gran consejo se adhiere el puente de los Suspiros, por el que se pasaba prontamente á las prisiones, es decir, á la muerte. Al lado se halla tambien la sala de la inquisición del Estado: solo una puerta acolchada separaba á los jueces de los verdugos. Allí está, pues, el santuario de aquella terrible justicia en que tres hombres tenian en sus manos el destino de todo lo que pertenecia al territorio de la república. El consejo de los Diez, solo se reunia de noche: sus miembros asistian enmascarados, en medio de un aparato espantoso, y los reglamentos, las condenas, los hombres mismos, todo era

secreto. El puente de los Suspiros, con sus estrechas ventanas, con rejas de mármol y sus ejecuciones misteriosas helaba de terror á los venecianos, mas aun que el cadalso que se levanta á la luz del dia en nuestras plazas públicas. Una claridad que se filtraba apenas por las aberturas de este lúgubre pasaje, bastaba para dar espanto y cuando la barca de fanal rojo se deslizaba en el estrecho canal, ninguna góndola se hubiera atrevido á mostrarse en él. ¡Qué ter-

ror debían experimentar los infelices sepultados por un poder inexplicable entre estas gruesas paredes, cuando se abría de repente la portezuela situada á flor de agua bajo el puente, y se les sacaba del calabozo para meterlos bajo un sudario en la barca fúnebre! Por un momento veían otra vez el cielo estrellado, respiraban el aire embalsamado de los jardines, oían los remos, el murmullo de las olas, el ruido confuso de la ciudad, las danzas y los gritos de



Muelle de los Esclavos y palacio ducal.

alegría. Los cantos y las voces de la orquesta escapados de los palacios, en una palabra, todos los dichosos reflejos de la vida y de la libertad. Despues todo esto se estinguió y la gran barca con su flama roja y sus remeros enmascarados, avanzaba lentamente alrededor de la *Tudisca* en la direccion de *Poveglia*, hácia ese canal Orfano, cuyas profundas aguas y cuyo fondo limoso, tragan y borran toda señal de suplicio. *Prohibición á los pescadores de echar allí sus redes*: tal era la orden de la policía. Entonces la barca se detenía cerca de las hileras de estacas que son los mojones de este húmedo desierto. Aun se ve sobre una de estas estacas con su farol que cuidan los gondoleros la pequeña capilla que recibía la última ple-

garia de los condenados. ¡Qué espectáculo tan horrible sería entonces ver destacarse en negro sobre la argentada palidez del cielo, la víctima, el verdugo en pie en la popa anotando en el libro rojo los detalles de la ejecucion, mientras que sus ayudantes arrojaban al mar á la víctima con una piedra al cuello.

Pero antes de dejar el palacio ducal, diremos una palabra de la sala gigantesca del Gran Consejo, actualmente biblioteca. Tiene 154 pies de longitud, 75 de latitud y 45 de altura: es la mas vasta del palacio y añadiremos que del mundo. Una de sus estremidades está decorada por la Gloria del Paraiso, de Tintoretto, en que el pintor ha aglomerado mas de diez



Sala del Gran Consejo en el palacio ducal.